Resp Esp A
1238/5

CAMILA,

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS

POR DIONISIO SOLIS.

BIBLIOTHÈQUE TOULOUSE UNIVERSITAIRE

MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA.

M. DCCC. XXVIII.

Movet feroci juveni animum comploratio sororis.... Stricto itaque gladio.... Transfigit puellam.

Tit. Lib. lib. 1.° cap. 10.

A la Señora

Concepcion Rodriguez,

primera Actriz del Teatro del Príncipe.

El agradecimiento y la amistad de

Dionisio Solis.

BIBLIOTHÈQUE TOULOUSE UNIVERSITAIRE

PERSONAS.

HORACIO.	*Sr. Latorre.*
PUBLIO.	*Sr. Caprara.*
CAMILA.	*Sra. Rodriguez.*
JUNIA.	*Sra. Llorente.*
CURIACIO.	*Sr. Montaño.*
TULO, Rey de Roma.	*Sr. Noren.*
MECIO, Dictador de Alba.	*Sr. Fabiani.*
DOMICIO.	*Sr. Casanova.*

SOLDADOS DE ROMA Y ALBA.

PUEBLO.

La escena se representa en Roma; el primero y quinto acto en un atrio del Palacio de Tulo, y el segundo, tercero y cuarto en una sala de la casa de Publio.

CAMILA,

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

TULO, HORACIO, PUBLIO y soldados.

TULO.

Héroes dignos de Roma, Horacio, Publio,
Entrambos me abrazad. ¡Con qué osadía
Enseñado por tí, padre felice,
En la cruenta lid tu Horacio ardía!
Ó! como fué su poderosa mano,
De acero á un tiempo y de furor armada,
Bastante á contrastar del fiero albano
El ímpetu iracundo! ¡Ó como siempre
Al resplandor funesto de su espada
Ví al contrario escuadron ceder medroso!
¡Y como en esto indica los que puede
Futuros triunfos esperar la pátria
De su indomable pecho belicoso!

HORACIO.

Con mucho extremo, ó Rey, las obras mias
Ensalza tu piedad, que escaso fruto
Fueron no mas del ínclito denuedo
Que con tu egemplo en todos infundías.
Tú, sucesor de Rómulo en el Trono,
Y émulo de su ardor en las batallas,
Me enseñaste en el campo cual la senda
Es del honor, y que á imitar aspire
Á mi caudillo en la marcial contienda.
Tú encendias en mí la sed de fama,
Mirándote lidiar: y este deseo
Que me consume en belicosa llama,
Y que á morir por el romano pueblo
Y por mi Rey me induce, no concede
Reposo al alma, y los eternos dias
Me hace contar que en femenil molicie
Y en ocio torpe y afrentoso, puede
Mancillar el orin las armas mias.
Poca, poca es la mies que de mi acero
Fué cortada en los campos hasta ahora
Del pueblo albano.

TULO.

Arrepentida, espero
Que Alba se humille, suspendiendo el curso
De los desastres que abatida llora.
Al inmediato sol cesa el reposo
Que entre las armas del albano pueblo
Y el de Roma pactamos. Sé que intenta
Reiterar de la lid en el dudoso

Trance mas sacrificios en las aras
De la deidad del báratro cruenta.
Pero Roma no teme: antes codicia
La ocasion de lidiar, y añadir triunfos
Á los triunfos pasados. Á ella sola
Fué á quien la suerte prometer propicia
Quiso del mundo el ancho señorío:
Si bien Alba, orgullosa la contraste,
Armada de rencor mas que de brío,
La primacía del imperio. ¡Ó necia!
¿Pues no conoce que si fué la cuna
Comun á entrambos pueblos, no por eso
Les fué comun á entrambos la fortuna?
¿Que es el romano á quien el cielo quiere
Con promesa inmortal ceder el cetro
De cuanto el sol ilustra y el mar ciñe?
¿Que es él, en fin, á quien el Dios prefiere,
Que fué padre de Rómulo? Es bien cierto,
Que del ódio y los celos poseidos
Los que con Roma parten aledaños
Pueblos feroces, con impías armas
Se osaron oponer á la infalible
Celeste oferta; mas de sangre á costa
El Samnita aprendió, y aprendió el Marso,
Si es la romana cólera terrible.
Alba quiere aprender al mismo precio
Á no irritar á Roma: no rehusa
Con áspera leccion la ínclita Roma
Enseñarla á temer, y el cuello indocil
Rendir al pueblo á quien tirano acusa.

Pero tú, Publio, á quien la sien canosa
No enflaquece el espíritu, y aumenta
La prudencia política; ¿qué dices?

PUBLIO.

Que quien para baldon de Roma intente
Con ella competir, su saña sienta.
Soy Publio, ó Rey, que en las infantes almas
De mis Horacios infundir aliento
Supe y ardor, que á merecer les baste
De la inmortalidad el alto asiento,
Muriendo por su pátria. Pero sea
Que de la cana edad el lento curso
La cólera marcial en mí refrene,
Ó el título de padre, que aprisiona
El corazon con lazos de cariño;
No querria mirar ardiendo en ira
En los funéreos campos de Belona
Á dos pueblos afines, que nacidos
De un mismo tronco son, y á quien los cielos
Con nudos de amistad tienen unidos.

TULO.

Alba rompe esos nudos; ella irrita
El romano furor, y con ofensas
Al fiero campo de la lid le llama.
Bien lo conoces tú, que no sufriendo
De la pátria el oprobio, á tus Horacios
Impeliste al combate, y animoso
Los armaste de acero; aunque es albano
De tu Camila el prometido esposo.
¡Ó cuanta admiracion, ínclito Horacio,

En mi ánimo ponias, al mirarte
La espada fulminar, y el ancho espacio
Del llano recorrer, sembrando muertes,
Sin que el menor afecto reprimiera
Los golpes de tu brazo! Pero dime,
¿Cuando en la lid tumultuosa y fiera
Curiacio á tu mente se ofrecía
Amante de Camila, y de amistosos
Lazos unido á tí, no estremecia
Tu noble corazon la triste idea
De pelear con él?

HORACIO.

Roma tan solo
Era mi pensamiento; solo ella
Causa de mi temor y mi cuidado.
Confieso, ó Rey, que en el funesto trance
De émulo ardor mi espíritu inflamado,
Al contemplar la intrépida osadía
Con que de Curiacio el noble acero
Senda de sangre y mortandad se abria
En el tumulto bélico; con ánsia
De resistir á su furor le quise
Al encuentro salir, y por mil partes
Corrí en su busca; pero siempre el cielo
Se opuso á que le diese Horacio á Roma
Esta señal de su indomable celo.

TULO.

Mancebo ilustre. Y tú que de Camila,
Heróico Publio, la nupcial corona
Preparada tenias, y en el ara

La paternal ofrenda, para unirla
En nudo eterno á Curiacio, ¿cómo
Ceñir miraste la feral cuchilla
Á Horacio en contra dél, sin que tu rostro
Diera una muestra de dolor? ¡Ó Roma!
Inclita y sola formadora de héroes!

PUBLIO.

Á eso y á mas, si mas es necesario,
Está Publio dispuesto. Las triunfantes
Águilas, que á tender las anchas alas
Principian ya para cubrir el mundo
Desde el sublime techo en que reside
Tremenda la deidad del Capitolio,
Sé que no pueden en el fiero pico
La rauda llama contener celeste:
Lo sé. Pero si medios la fortuna
Nos ofreciera de escusar el llanto
Y recíproco estrago, lo confieso,
La paz preferiría. Alba pudiera
Pedírtela sin duda; y aun por eso,
Escarmentada de la lid postrera,
Primero que á las armas, á los pactos
Acudir piensa.

ESCENA II.

DOMICIO Y LOS DICHOS.

DOMICIO.

El dictador albano
Pretende hablarte.

TULO.

Quién?

DOMICIO.

Mecio; que anuncia
Querer comunicar al Rey de Roma
osas de alta entidad. Un campo y otro
alla suspenso, y la afilada punta
e los aceros inclinando al suelo,
spera la señal hora de paces,
ora de la batalla.

TULO.

Si las pide
ecio y rendir el reluctante cuello
Roma se propone, ¿cómo inerme
o entra al sacro recinto, en que reside
l pueblo de Quirino? y si otra cosa
e mí pretende, espéreme en el campo,
ue á responderle corro.

DOMICIO.

Que importante
una y otra ciudad, repite Mecio,
s esta conferencia.

TULO.

Si de Roma
e trae la utilidad, solo á este precio
u rey le quiere oir. Entre al instante.

ESCENA III.

MECIO Y LOS DICHOS. (1)

MECIO.

No esperes, Tulo, que la boca mia
De mis ódios intérprete, al insulto
Recurra contra tí, como podia,
Recordando los pactos quebrantados
Con insidiosos medios, y que causa
Son de una lid impía á que arrastrados
Con infernal rencor un pueblo y otro
Que deudos y amistad tienen unidos,
En recíproco llanto, en infortunio
Comun, uno por otro están sumidos.
Entre mi antecesor y tú, encendida
La furibunda llama de Belona,
Encontré al sucederle por caudillo
De las albanas tropas. Tú le acusas
De los rompidos pactos: él implora
Contra tí al cielo, y de traidor te infama.
¿Y á que disimular que en los ocultos
Senos del alma, en sed abrasadora
De imperio te consumes? Bien lo dicen
Nuestros campos pacíficos talados
Por tus armas, ó Tulo, y de la sangre
De su inerme cultor amancillados:
Lo dice en su clamor el pueblo todo,

(1) Mecio viene acompañado de soldados albanos.

Que mira entre fumosos remolinos
Arder de Ceres los opimos frutos,
Que en anchas troges encerrar creia,
Á sombra de la paz que tú le rompes,
Y su defensa á mi piedad le fia.
Solo quiero que pienses, cuan dudoso
Es Marte en las batallas: que en la nuestra
El ambicioso reinador de Etruria,
Rico en astucia, en armas poderoso,
Tan solo espera que las rotas haces
Del pueblo triunfador y del rendido
Dejen inerme el ruinoso muro
De una y otra ciudad, que fácil presa
Fueran entonces de la cruda saña
Que arde en su pecho, y la codicia enciende
Con que ansiando coronas, sus miradas
Con incansable afan al Lacio extiende.
En este estado, pues el fiero Numen
Que en ambos pueblos rige y á las armas
Su libertad ó su opresion remite,
Quiere que las de Roma amancilladas
Queden con nuestra sangre, y que se infamen
Brazos albanos en romanas muertes;
Búsquese un medio que la impía lucha
Termine, en que la flor de un pueblo y otro
En los campos perece, y que escusando
El comun infortunio no condene
Al mísero que triunfe, ora á que implore
Perdon de su impiedad, ó á que oprimido
Del peso mismo de su triunfo llore.

TULO.

Caso es por cierto extraño, que el primero
Que de ferocidad tan ámplias muestras
Dió contra Roma, y de su sed de sangre
En las llanuras incendiadas nuestras,
Ora ostente piedad. Mas tú, de Clelio
Sucesor en el mando, bien podias
La audacia recordar con que tu impío
Predecesor las inmaturas mieses
Fué de los campos á talar osado
Del romuleo confin, y al sacro muro
Atentar con sus armas de Quirino.
Bien es que de su audacia la derrota
El premio fué y la muerte: dando en ello
Un testimonio el Numen, que el destino
Rige de Roma, que á triunfar del mundo,
Si el mundo se la opone, está fundada.
Á caso Mecio lo conoce, y fia
Su crímen enmendar, mas en las artes
Ahora y la traicion, que en la osadía.

MECIO.

Mal puedes ocultar, ó Tulo, el fiero
Corazon que en tí anima. Ni de orgullo
Ni de insolencia á contrastar me manda
Mi pátria á Roma: y si se cifra solo
En eso tu respuesta, al campo mio
Torno: quédate á Dios. Pronto presumo
Que sepas, si á las artes y no al brío
Remite Alba su suerte.

TULO.

Y pronto Roma
Os mostrará, que de su causa apela
No al ardid, á las armas. Anda, incita
Tus haces al certamen: que no espero
Que tarden mucho en resentir la pena
Del que resiste á la romulea prole.

MECIO.

Esa prole de Rómulo podria
Llorar, y pronto, lo que cuesta el cetro
De un altanero Rey, que de la sangre
Su ambicion apacienta. Solo siento
Que en comun daño el medio se desdeñe
Que para bien comun era mi intento
Á tí y á Roma proponer.

TULO.

Cual era?
Que aun no le has indicado.

MECIO.

Tres soldados
Roma puede nombrar á quien confie
La suerte de su pueblo: el pueblo mio
Nombre otros tres, y á combatir armados
En el campo se muestren. La fortuna
Libre en ellos el triunfo; á quien contraria
Le fuere en la contienda, el cuello intacto
Dobleque al yugo, y por señor conozca
Al pueblo vencedor.

TULO.

Acepto el pacto.

Con eso te demuestro que no informa
En Tulo alma intratable. Indiferente
Le es al pueblo de Rómulo la forma
De domar á los otros: sean muchos
O sean pocos los que audaces quieran
Su cólera irritar, aun no conoce
Roma como se pierden las batallas.
Torna á tu campo, elige; los romanos
Elegirán tambien.

MECIO.

Podrá la suerte
Someternos á Roma; pero nunca
Podrá infundir en nuestras almas, Tulo,
Ni la impiedad, ni el miedo de la muerte.

ESCENA IV.

TULO, PUBLIO Y HORACIO.

TULO.

De Mecio la propuesta en el senado
Pretendo conferir. Quédate, ó Publio,
Al lado de tu Horacio: y considera
Cuanto de él y de tí la comun pátria,
El Lacio todo y tu Monarca espera.

ESCENA V.

PUBLIO Y HORACIO.

PUBLIO.

Bendito el Cielo! La triunfal corona
Podrá Roma ceñir, sin que sus manos
Bañe en rios de sangre. ¡Ó imprudente
Triste ciudad! ó míseros albanos!
?Por qué recalcitrar con lo que ordena
El alto Jove en su increada mente,
Que á conquistar la inmensidad del Orbe
Llama al romano pueblo?

HORACIO.

Indocil busca
Resistir Alba al celestial mandato:
Pero que bese la cadena espero
De Roma por mi brazo, y que la enseñe
Á su pesar á obedecer mi acero.
¡Ó afortunado aquel á quien la pátria
Confie su defensa, ó padre! Tulo
Dice que la eleccion en el senado
Á efectuar se apresta. ¿Quienes, padre,
Serán los elegidos? ¡Ó si fuera
Uno, tu Horacio, de los tres! Mas solo
Tan alto honor compete al que con obras
Reiteradas é ilustres de la fama
Fué asunto en los combates, y de Roma
Puede aspirar al merecido aplauso:

No á mí, que de la lid retorno oscuro
Un soldado y no mas. ¿Pero en qué alma
Reside otra mas ínclita osadía,
Sed mas ardiente de lidiar por Roma
Y por ella morir que en esta mia?

PUBLIO.

Ese noble deseo, te hace, Horacio,
Digno de la eleccion: ¿pero presumes
Que él solo baste á sostener el peso
De la romana gloria?

HORACIO.

Temerías
Que te afrentase Horacio?

PUBLIO.

No, ni ignoro
Cuanto es sublime el corazon que late
En tu animoso pecho, ni la audacia
Con que pospones al honor la muerte.

HORACIO.

Añade el ódio que me inflama, ó padre,
Con quien á Roma ofende. ¡Ó como siento
En este duro trance, que con lazos
Indisolubles de amorosa oferta
Unida á un Curiacio esté Camila!
Quísele, es cierto; y dulces sus abrazos
Fueron al pecho mio: pero ahora
En el furor de contrapuestas armas
No hay amor, no amistad.

PUBLIO.

Fué mi desdicha

La que á pactar el triste desposorio
Me indujo de Camila con un hombre,
Que si bien la es contrario, merecia
Nacer de Roma en el recinto sacro.
Propúsele á Camila, y la creía
Con él hacer dichosa. ¡Ó triste de ella!
¡Cuanta piedad en su dolor merece,
Si del mísero esposo á quien con ella
Quiso su padre unir, el son funesto
Del clarin la separa belicoso!
Es cierto que criada al lado mio,
Ni su suelo natal, ni el pátrio egemplo
Desmentir puede. Pero tierna en años
Y del amor cediendo al poderío
Que arde en su pecho, y que la dulce imágen
De su adorado esposo en él imprime,
¿Cómo puede triunfar su alma indecisa
Del bárbaro tormento que la oprime?
Tú, Horacio, si la quieres, tú procura
Fortalecer el ánimo abatido
De tu hermana infelice.

HORACIO.

Todo es nada
Mientras supere un femenil afecto
Al pátrio amor de Roma. ¿Qué la puede
Decir por dicha Horacio á que enseñada
Por su padre no esté? Los santos nombres
De gloria, de virtud, de pátria impresos
Fuerza es que estén con indelebles notas
En quien de Roma, en quien de tí procede.

Recuérdelos Camila; este recuerdo
La consuele en su pena: en ellos puede
Aprender á constancia. ¿Piensa ella
Que no es á mi pesar, si el crudo Marte
Deslaza el nudo estrecho que me unía
Con su amante y mi amigo? Acostumbrados
Desde la tierna edad en la palestra
Fuimos los dos á contender la palma
En el disco, en la lucha: de las altas
Ondas del Tibre á contrastar osados
El ímpetu iracundo; de los bosques
El horror penetrar, y de sus fieras
El alimento compartir ó el lecho,
Y contra el cielo borrascoso, asilo
Buscar en pobre y solitario techo.
Por eso la amistad que de un conforme
Querer procede, y que confirma el trato
Tanta era en mí, que el dia que en esposa
Le ofreciste á Camila, fué el mas dulce
Para mí de los mios. Pero mientras
Inutilmente estamos en discursos
Perdiendo el tiempo, en la romana Curia
De la suerte de Roma se decide
Por sus ancianos Padres. Corre, ó Publio,
Corre á pedirles que por tí siquiera,
Sino por mí, confie de mi espada
Roma, y me otorgue que por ella muera.

ESCENA VI.

PUBLIO.

¡De cuan heróico espíritu se inflama
El corazon de Horacio! En él me siento
Renacer, cuando el tardo paso mio
Se encamina á la tumba; á él de mi nombre
La ilustracion, la eternidad le fio.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA Y PUBLIO.

CAMILA.

Del pecho, ó padre, y del lloroso rostro
Lejos está el contento, y mas terrible
Se asoma en ellos el feral anuncio
Del renaciente mal. ¡Con que insensible
Á mi súplica el cielo, á los combates
Arrastra un pueblo y otro, y la esperanza
De pacífica union se trueca en llanto!

PUBLIO.

¿Y qué, Camila, cuando el alto númen,
Creador de la tierra ofrece á Roma
Su inmenso señorío, tú romana,
Tú, nacida de mí, ¿dudas acaso
Cuál deseo formar, que no desdore
Tu patria ni tu sangre?

CAMILA.

En este caso
Lo que me toca sé; sé, padre mio,
Aunque en silencio mi desdicha llore,
Que todo amor al de la patria cede,

Cuando importa á su honor; y no es preciso
Que tú me lo recuerdes. Sé que á fiera
Y última lid el fallo de su suerte
Remiten Alba y Roma. Si indeciso
Mi corazon enamorado late
Entre uno y otro pueblo, y si dudosa
Suspiro y temo, considera, ó padre,
Que si Romana soy, que soy esposa.

PUBLIO.

Curiacio....

CAMILA.

Es albano, y no por eso
Me afrento de quererle. Cuando á Roma
Su patria ceda, y sometida quede,
No pierde el nombre de héroe, y con él, padre,
Esposo mio y ser romano puede.
¿Y no es una la estirpe de que ramas
Son los romanos, y de entrambos pueblos
No fué Rea, señor, la comun madre?
Ah! de mi Curiacio, conocida
Te es el alma sublime: enamorado
Me le ofreciste de su heróico brio
Tú por tí mismo, y reputar á culpa
No puede tu piedad el amor mio.

PUBLIO.

Camila, es cierto: Curiacio tiene
Derechos á tu mano, y al aprecio
De tu romano padre. Le quisiste,
Y en formar esta union se complacia
Mi dulce afecto, cuando al eco triste

De la trompeta bélica las armas
De una y otra ciudad en medio puestas
Rompieron nuestro enlace, dando á un tiempo
De discordia y rencor señas funestas.
No condeno tu amor: pero á mi oido
No le es dado sufrir el muelle acento
Del amor, en tu boca, cuando Marte
En furibunda cólera encendido
Sangre les pide á los latinos campos,
Donde con ella el inmortal imperio
Se confirme de Roma. Hija de Publio,
Cuando tan alta causa se interpone,
¿Puedes tratar de amor?

CAMILA.

Bien sé la dura
Triste necesidad en que me pone
La pátria en este trance, y cuán penoso
Sacrificio me pide. Pero ¡ay padre!
Si ella permite á tu ánimo piadoso
Un suspiro no mas, solo un suspiro
Que á mi dolor concedas, compadece
El horrible infortunio en que me miro.
Trae, señor, á la memoria el dia
Que de su casto amor, de su síncera
Amistad para tí, la mano mia
Te pidió en premio el triste Curiacio.
En este dia plácido y funesto
Á un mismo tiempo para mí, la llama
Del bélico furor la impía Erimnis
Encendió en ambos pueblos. ¡Ó Dios! cuanto

Fue en aquel trance el mísero lamento
De mi afligido amante, y fue mi llanto!
Tú, que á la dolorosa despedida
Fuiste presente y fuiste á mi tormento
Consolador piadoso, tú lo sabes.
Mas desde aquel instante, triste siempre,
Inquieta siempre y fluctuando ansiosa
En tempestad de afectos, ora era
Ciudadana de Roma, y ora esposa:
Y en esta indecision cada suceso
Ó afortunado á Roma, ó bien dichoso
Á la ciudad contraria, era otra pena
Que me oprimia el corazon medroso.
Al cielo llamo en testimonio, ó padre,
De las preces que al aura, aunque sin fruto,
Esparcia mi amor, por que de paces
Tratasen una y otra. Ora creía
Que el cielo en fin mi inconsolable lloro
Con mas clemencia y mi clamor oía;
Creía yo que del horrible abismo
En que me sume mi afliccion, su mano
Benéfica y piadosa, á retirarme
Se extendia hácia mí, y entre los brazos
De mi bien me ponia; cuando ¡ay triste!
El eco horrible de las armas suena
Nuevamente en el campo, que á mas crudo
Fiero quebranto mi afliccion condena.

PUBLIO.

Lastimoso es tu estado; y no me aflige
Menos á mí que á tí de la discordia

Que nos desune el lamentable efecto.
Pero confia que la suerte mude
Para bien nuestro, y que Alba arrepentida
De lo que cuesta el contrastar á Roma
La palma de los triunfos, pida á Tulo
Perdon y paz á su querer rendida.

CAMILA.

¡Ó si pudiera el triunfo de mi patria
Á mi felicidad con dulce lazo
Unirse en este dia! ¡ó si pudiera
Las aras ofrendar del Capitolio
De Curiacio esposa, y que rendido
El Lacio, el mundo, al reynador de Roma
Resonase pacífico en mi oido
El aplauso comun! ¡Ó placentera,
Ó celeste ilusion, que al alma mia
De boca del oráculo desciende
De la deidad del mar, que asi decia:
» Con el futuro sol de Roma y Alba
» Cesará la contienda: nudo estrecho
» Te unirá á Curiacio, y para siempre.»
Sí padre mio, la celeste boca
No miente nunca; el hombre es quien su acento
Falsamente interpreta.

PUBLIO.

Del oculto
Misterio en este oráculo encerrado
Sea cual fuere el celestial sentido,
Claro es para nosotros, que la patria
Es la pasion que preferir nos toca

A toda otra pasion. Júpiter sabe,
Hija querida, si á mi amor le fuera
Espectáculo plácido y suave
Tu enlace á Curiacio. Pero ahora
Que la necesidad te pone fiera
En generosa lid con la esperanza
En que tu pecho enamorado ardia,
No haré, Camila, mas que recordarte
Que eres romana, y que eres sangre mia.

ESCENA II.

CAMILA.

¿Pues qué no pueden residir unidos
En mi amoroso corazon los nombres
De Roma y Curiacio? ¿Tan opuesto
Al lustre es de mi patria, este profundo
Irresistible afecto, que me impone
La tiránica ley de aborrecerte,
Caro bien mio, á tí por quien le fuera
Dulce á Camila el arrostrar la muerte?
Ay! sí: Roma lo manda; es necesario
Odiar al que ella odia, y quien á ella
Le es contrario, lo es mio. Mas si quieres
Que odie, ó patria, ¿por qué para mis ódios
Á quien no puedo aborrecer prefieres?

ESCENA III.

JUNIA Y CAMILA.

JUNIA.

¿De qué ansiosa inquietud, Camila mia,
Te encuentro poseida?

CAMILA.

¿Y cómo, ó madre,
No lo estaría, donde solo acentos
De cólera y furor están sonando?
Roma las armas, las impías armas
Contra Alba toma, y reiterar la lidia
Intenta y los estragos. Sé que Roma
Es pátria mia, que en mi cuna, ó madre,
Con el licor materno me infundiste
Del patrio amor el indeleble afecto:
Sé que es prole de Marte, y que en las armas
De su poder la inmensidad consiste.
Sé que del sacro Capitolio el Númen
Que este poder la ofrece, no consiente
Que en la estrechura del confin del Lacio
La inclita basa de su trono asiente.
Al cumplimiento del celeste anuncio
Mi deseo se añade; y ya querria
La sien ceñida de inmarchito lauro
En las breñosas cumbres del Pirene
Mirar triunfando á los latinos héroes,
Tremolar su estandarte, y sin que freno

Sea nada á su audacia, las orillas
Ora ocupar del Istro, ora del Reno:
Que donde el sol en su nacer colora
El índico Occeano el eco suene
De la romana trompa, y que á su nombre
De espanto el mundo y de terror se llene.
De Alba no mas la libertad quisiera
Que no fuese oprimida. Ah! si á mi acento
Le fuese dado enternecer la fiera
Ambicion de mi pátria! Ingrata Roma,
Llorando le diria. ¿«Cómo puede
»Ser tanta tu impiedad que no te acuerdas
»Que Rómulo fue Albano? ¿Qué tu nombre,
»Tus murallas, tus aras y tu trono
»Es don de la ciudad contra quien lidias?
»Suspende, ó Roma, tu furor, suspende
»El parricida acero, y considera
»Que es á tu misma madre á quien ofendes.»

JUNIA.

Inútil fuera, mi Camila, todo
Con quien no quiere oir. ¿Con qué palabras
Te abririas camino á la clemencia
En almas ambiciosas, que de mármol
Se ciñen y de bronce? Añadirias
Al mal que sufres el oprobio.

CAMILA.

¡Y cuándo
Abandonar las otras penas mias,
Al olvido pudiese! ¿cómo, ó madre,
Retistir á la idea, á la espantosa

Idea, ó Dios, de que por Roma pierdo
Cuanto amé, y cuanto amo? Á tí tan solo,
Que en mi afliccion te apiadas cariñosa,
Y lloras á mi llanto, el alma mia
Puedo mostrar desnuda. No lo oculto,
Querida madre, en su encendida llama
Me abrasa amor, y el adorado nombre
De Curiacio al proferir mi labio,
Llorando le profiere. Á este me impone
La patria renunciar, y que la obra
De su rencor mi falsedad corone:
Á este que desde el punto en que á mi mente
Quiso mostrar su dulce poderío
Amor, fue el solo bien, la única prenda
Del corazon apasionado mio.
¡Con qué placer recíproco crecia
En los dos el cariño, y cuán ufano
Mi padre de él, los términos queria
Acelerar de conceder mi mano
Á su amorosa instancia! Hoy, cara madre,
Hoy era el dia en que con nudo eterno
Me unia á Curiacio: y hoy, ¡ó fiera!
¡Ó terrible mudanza! el triste dia
En que le pierdo para siempre. Esclavo
Ó vencedor de Roma, entre Camila
Y Curiacio un insondable abismo
La necesidad pone. Ay! ¿Cómo puedo
Pensar en ello, y al embate horrible
De mi desdicha y mi dolor no cedo?

JUNIA.

Tu pena considero y me traspasas
El corazon con ella. Bien querria
Consolarte, Camila, mas opresa
De mi propio tormento, ¿qué consuelo
Te pudiera ofrecer? De madre el nombre,
Funesto don que conceder el cielo
Á mi infortunio quiso, es de mi llanto
La causa, y de este afan que el pecho siente.
Tal vez á completar de mi quebranto
El doloroso cúmulo se apresta,
Roma en este momento. Á tres Romanos,
Los de mas alto espíritu entre todos,
Pretende confiar en lid de muerte
El honor de su imperio. ¿Y quién, Camila,
Podrá aspirar con títulos mas nobles
Á su eleccion, que el indomable Horacio
Y sus hermanos?

CAMILA.

¿Y lidiar con ellos
Quien, madre, sino el héroe Curiacio?
Pensamiento espantoso! ah, no lo dudes:
Hoy á mi hermano, y al esposo mio
Con sacrílega mano las entrañas
Mirarás desgarrarse.

JUNIA.

¡Qué presagio
Tan horrible, hija mia! Pero.... Publio,
Qué nos vendrá á decir?

ESCENA IV.

PUBLIO Y LAS DICHAS. (1)

PUBLIO.

Camila, Junia,
Participad de mi contento. Roma
La defensa confia de su causa
Á mis tres hijos.

JUNIA.

Cómo!

CAMILA.

Á mis hermanos!

JUNIA.

Á mis tres hijos!

PUBLIO.

Sí. ¿Pero qué es esto?
¿Puede anublar de una romana madre
Esta eleccion la frente?

JUNIA.

Sorprendida
Me deja, y no medrosa. Ciudadana
De Roma, sé que el título de madre
No permite llorar al que lidiando
Fallece por la pátria: antes la suerte
Que le condujo á derramar su sangre
Manda aplaudir, y bendecir su muerte.

(1) Saliendo precipitado.

PUBLIO.

Gracias al cielo, que á mis tres Horacios
Hizo dignos de mí. Premio sublime
Es su eleccion del mérito de Publio
Y de su amor á Roma. Añadan ellos
Este triunfo á mi nombre, y de sus palmas
Mi cana sien en torno coronando,
Arder la mirra por sus manos mire
En el altar de Júpiter, y al eco
De sus aplausos y de gozo espire.
¡Cuántos romanos padres su fortuna
Trocáran por la mia! ¡Ó que inferiores
Á mí los considero! Junia, piensa
Que para fin mas noble no pudiste
Engendrar á tus hijos. Tú, Camila,
Con alma heroica á la pasion resiste
Que el ánimo te abate; considera
La familia en que estás, y lo que Roma
De tu virtud, de tu constancia espera.

CAMILA.

Sí, padre, estoy resuelta: el honor mio
Así lo manda, y de romana el nombre.
El sacrificio reiterar impío
De mi amor en las aras de mi pátria
Quiero, y lo haré: que la sublime muestra
Que me estás dando del heróico celo
Con que á tus hijos á morir inflamas
Por Roma en el combate, y la constante
Resolucion con que á mirarlos muertos
Se dispone una madre, han infundido

El ansia en mí de concurrir con todos
Á la gloria de todos. Sí, á mi esposo,
Á mi adorado Curiacio intento
Renunciar para siempre. Bien presumo
Que mi dolor me mate; mas sumido
En profundo secreto mi quebranto
Procuraré callar, y que ni aun señas
De lo que el alma sufre, muestre el llanto.
Ah! siento en mí un espíritu que nunca
Creí tener; no, nunca. Todo infunde
Osadía en mi pecho, y cielo y tierra
Y el aura misma que sus alas tiende
En torno mio y que respira Roma
Á quien mi amor por su enemigo ofende.
Sí, Publio, sí, de Roma y de tu estirpe
Pretendo hacerme digna.

ESCENA V.

HORACIO Y LOS DICHOS.

HORACIO.

Los albanos
Han elegido ya contra nosotros
Á sus guerreros.

PUBLIO.

Quienes?

HORACIO.

Tan ilustres,
Que si el temor en Roma conocido

Pudiera ser, los temería Roma.

CAMILA.

Nombralos pues.

HORACIO.

Camila, no pretendo
Despedazar tu pecho dolorido
Con mis palabras.

CAMILA.

Nombralos.

HORACIO.

Terrible
Es para tí mi anuncio.

CAMILA.

Quién, Horacio,
Dílo, quién son? Y mi espantosa duda
Confirma: quiénes son?

HORACIO.

Son.... Curiacio
Y sus otros hermanos.

CAMILA.

Madre mia!....
Qué horror! Madre, sostenme, que no puedo
Resistir á la pena.

JUNIA.

Ó miserable!
Camila, retirémonos.

ESCENA VI.

HORACIO Y PUBLIO.

PUBLIO.

Ó pátria!
¡Ó inesperado trance!

CURIACIO.

Estás parece
Padre mio asombrado.

PUBLIO.

Si, pensando
Cuánto es el misterioso poderío
De la suerte, que pone nuestras almas
En tan duro conflicto.

HORACIO.

Fiera, horrible
Es la necesidad, que el brazo mio
Arma iracundo, y de mi acero afila
El córte contra el pecho de mi amigo,
Contra el mísero esposo de Camila.
Pero el honor que Roma me confiere
No podia comprar á menos precio
El corazon de Horacio. No refiere
La edad pasada un hecho mas ilustre
Ni mas funesto á un tiempo. Por testigo
Pongo al supremo Jove, que si Roma
De Alba triunfar pudiese sin que en sangre
De los tres Curiacios se tiñera

La mano triste mia, Horacio entonces
El mas dichoso de los hombres fuera.
Mas pues el hado á mi querer se opone,
Nada me arredra; con la benda, padre,
Puesta sobre los ojos, en el campo
Con ellos lidiaré. La pátria toma
Mi culpa sobre sí. Si ella lo manda,
Calle todo otro amor, y triunfe Roma.

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

HORACIO.

Puedes, Horacio, en fin estar ufano
Del honor que en el campo y á tus armas,
Le ofrece la fortuna: honor inmenso,
Inaudito, increible, que de Roma
En los ilustres fastos con asombro
Lea la edad futura. ¿Y puede acaso
El deudo, la amistad, lazos que estrechan
Á un corazon vulgar, ser para el mio
Cadenas que le impidan el que aspire
Á eterna fama? Ah! no: quien se propone
Emular á los héroes, todo afecto
Al de la pátria y á su bien pospone.

ESCENA II.

HORACIO Y PUBLIO (1).

PUBLIO.

Horacio, mira el don que por mi mano
Tulo te ofrece, de tu madre Roma

(1) Viene Publio acompañado de soldados, uno de los cuales trae tres espadas.

En el ínclito nombre. Esta es la espada
Que en la inmediata lid, en su defensa
Ha de blandir tu brazo. Tú, permite
Que al lado te la ciña. Ilustre, sacra
Es esta espada, Horacio.

HORACIO.

Con respeto
La beso, padre, y al besarla juro
Al Numen de la pátria, que no falte
Nunca del lado mio, si primero
No postro á sus contrarios, ó lidiando
Por su defensa en el combate muero.
Pero no moriré: que este que infunde
En mí bélico ardor el alto Jove
Nuncio es de la victoria; y quien propuesto
Tiene el triunfo ó la muerte, acompañado
De la suerte pelea. ¡Ó llama presto
Á mis hermanos, padre! ¡ó cómo tarda
En sonar el clarin!

PUBLIO.

Id, hijos mios,
Id, pues á mí la enferma edad me impide
Asistir al combate. Afortunados
Tiempos en que el espíritu robusto
A la robusta mano permitia
Tratar las armas por la pátria, ¿á dónde
Á dónde estais? ¿á dónde los aplausos
Que al retornar del campo repetia
En derredor de mí plácido el eco
De esas colinas sacras? En fin, sangre

De Publio son los que de Publio ahora
El defecto compensan.

HORACIO.

Solo estimo
Este ser que me diste en cuanto puede
Ser útil para Roma. Sus contrarios
Á arrostrar voy, sin discernir en ellos
Si el parentesco ó la amistad los une
Con la familia nuestra.

PUBLIO.

Así nos fuese
Posible el ocultarnos cuán estrecha
Es nuestra union con ellos. Mas ahora
No quiero entristecer estos instantes
Que á la gloria consagro, con recuerdos
Funestos para todos. Ah! que miro!
Curiacio es quien llega. Á tu retrete
Entrémonos los dos.

HORACIO.

Á prepararme
En él para el combate me retito.

ESCENA III.

CURIACIO.

Aun puedo, ¡cielos! penetrar, aun puedo
Penetrar á este sitio, que seis lunas
Son que en ausencia de él mi pie no pisa,
¡Ó cómo entonces, adoradas puertas

Mansion de mi Camila, á Curiacio
Le erais con muestras de placer abiertas!
¡Y cómo ahora en su afliccion profunda
Os pisa con temor! Amor entonces
A unirme á tí, ó Camila, me traía,
Con insoluble nudo: ora retorno
Para rompelle impío, y separarme
Para siempre de tí. ¿Y osado á tanto
Soy que la busco? ¿y su celeste rostro
Teñido de dolor, bañado en llanto
Osaré contemplar, cuando me apresto
Á matar á su hermano? ¡Miserable!
¿Quién te ha traido aquí? Mas ay! que es ella
Que á mí se acerca.

ESCENA IV.

CAMILA Y CURIACIO.

CAMILA.

Curiacio ¡Ay triste!

CURIACIO.

No, Camila, no temas. Ni de Roma
Soy vencedor ni esclavo: ni afrentosa
Cadena, mira, con su peso oprime
Mi mano todavía, ni la sangre
De Horacio en ella, su mancilla imprime.

CAMILA.

¿Y en fin constante en procurar mi muerte
Á la lid te preparas?

CURIACIO.

¿Qué otra senda
Me abre, ó Camila, mi infelice suerte?
La pátria me lo ordena; sus mandatos
Son sacros para mí: ¿cómo pudiera
Rehusarme á cumplirlos?

CAMILA.

Ah! que el triste
Honor á que tu pátria te prefiere
Tu entendimiento ofusca, y solo de ella
Te acuerdas nada mas. La misma mano
Que en el ara nupcial la sacra antorcha
Hoy encender debia, es la que abre
Hoy para mí el sepulcro. ¡Por tus armas
Muerto en el campo á mi infelice hermano
Quieres que mire! Ó Dios! cuán diferente
De lo que fuiste estás! Antes tu boca
Amor me prometia, y que el cuidado
De mi felicidad era la idea
Única de tu mente. Ora en la sangre
De mi familia, de tu acero tratas
Bañar el filo, y sin prestar oidos
Á mi dolor, y sin piedad me matas.

CURIACIO.

Camila, no le añadas mas tormento
Al que estoy padeciendo. Por Horacio
Dar en el campo el postrimer aliento
Y por su bien querria. El que preside
Numen eterno al curso de los astros
Sabe si yo le quiero. Considera,

Considera tú misma el duro trance
Á que la suerte me conduce fiera
Peleando con él, que en dulce nudo
Ligado de virtud y de cariño
Mi corazon tenia, y que el afecto
Con que te adoro estrecha y fortalece.
Pero.... ¿qué puedo hacer? El honor mio
Mi gloria....

CAMILA.

De la gloria que merece
Tu brazo en las batallas es tu pátria
Testigo, y lo es la mia. ¿Quién sus campos
Sembró de tantas muertes? ¿Quién de Roma
Sino tú, puso á las escuadras miedo?

CURIACIO.

¿Y qué quieres decirme? ¿Que mi fama
Limite á lo pasado, y que mi oprobio
Labre yo mismo, concediendo el lauro
De esta hazaña á otra frente? Y tú, Camila,
Que mas que no el semblante, amar el alma
Me decias en mí, ¿podrias darme
Tan cobarde consejo? ¿Sufririas
Que otro mas héroe que tu esposo el triunfo
Me arrebatase, y de las palmas mias
Adornase la mano, y de mi pátria
El amor mereciese? ¿Á Curiacio
Amas, Camila, y quieres que se infame?

CAMILA.

Nunca, eso no, mi pecho temeroso
No lo es tanto que busque con tu afrenta

Mostrar lo que te quiere: nunca el cielo
Que á premio merque de tu honor consienta
Camila su quietud: me mataría
La vergüenza primero. ¡Ó Curiacio!
¿Por qué no eres romano? Ah! cómo entonces
Lejos de contrastar á tu osadía,
Del noble bronce por mi mano propia
Armaría tu pecho, y de tu frente
El ínclito sudor mi amante boca
Secára con placer! Mas soy romana,
Romana, ¡ó Dios! y tú naciste albano.

CURIACIO.

Nací albano, Camila, y bien el triunfo
Ó la ruina de mi pátria el cielo
Determine en el campo, á mí tan solo
Toca ser su ministro. En mí su suerte
Quiso fiar; demuéstrele mi celo
Cuanto es mi amor por ella.

CAMILA.

¿En fin resuelto
Por ella estás....?

CURIACIO.

Á preferir la muerte
Al deshonor.

CAMILA.

¿Y á tu infelice esposa
Á perder para siempre?

CURIACIO.

Al propio tiempo
Que lidie por mi pátria, el pecho mio

Suspirará por tí.

CAMILA.

Tú de mi hermano
La sangrienta cabeza, en premio horrible
Vendrás á presentarme, de mi mano.

CURIACIO.

Antes mi corazon entre las mias
Rompido y palpitando. Por la pátria
Podré vencer; mas poco mi victoria
Precederá á mi muerte: la venganza
Te la daré yo mismo. Esposa mia,
Idolatrada esposa, que aun lo eres
Á pesar del destino: pues el cielo
Armado de impiedad no me permite
Que muera unido á tí, no tu cariño
La sola dicha de morir me quite
Con honor en el campo. Considera
Si puede compararse al dolor mio
Alguno otro dolor, cuando forzado
Á ser yo mismo autor del que tú sufres
Me encamino á morir, sin que me quede
Al menos el consuelo que tu llanto
Bañar la piedra de mi tumba puede.

CAMILA.

Sí, esposo mio, nuestra suerte es fiera,
Inaudita, inefable; y ese cielo
Que hácia el colmo del bien nos conducia,
Al báratro profundo nos arrastra
Del infortunio ahora. Anda, combate
Por tu pátria, de Horacio el noble cuello

Corte tu acero, para siempre rompe
Nuestros amantes nudos, y cancela
De tu iracundo corazon la imágen
De la triste Camila, que en tí solo
Y para tí vivia, á quien de esposa
Le fué el título sacro permitido
Por tu amoroso labio; hasta su nombre
Sea de tu memoria aborrecido:
Que yo me quedo aquí sacrificada
Á una feroz heroicidad, opresa
De un tormentoso afan, pálido el rostro
Y bañado de lágrimas pidiendo
Con ansias á la muerte que me libre
Del bárbaro dolor que estoy sufriendo.

CURIACIO.

Antes que eso suceda, entre las sombras
Del Aqueron mi espíritu desnudo
Estará errante en la infernal orilla
Esperando su tránsito. Tú, esposa,
No mueras, no: á mi súplica concede
Este bien; vive, y dale á mi memoria
De lástima un suspiro.

CAMILA.

¡Ó suerte impía!
¡A tí enlazarme con felices nudos
En la tierra pensé, y es en las aras
Del báratro sombrías donde espera
La muerte á celebrar mis desposorios!
¡Ó Curiacio!

CURIACIO.

¡Ó mi Camila!

ESCENA V.

PUBLIO Y LOS DICHOS.

PUBLIO.

¡Hijos!
Mal puedo resistir al amoroso
Deseo paternal que me conduce
Hácia los dos, y el último y lloroso
Á Dios que darte á mi dolor permite
El cercano combate, ó Curiacio,
Por consuelo ofrecer al que tu sientes.
Huir de tí propuse; pero nunca
Con mas ardor en la memoria mia
Obró el recuerdo de que tú le fuiste
Siempre caro á mi amor, que en este trance
Nunca esperado, y para todos triste.
Me acuerdo, sí, me acuerdo que la mano
Te ofrecí de mi hija, que de padre
Me diste el dulce nombre: y que á mis ojos
Fuiste siempre romano. ¡Ó, si pudieras
Escusar una lid á que la sangre,
La amistad, el amor, el cielo mismo
Está mirando con horror! ¿Mas cómo,
Si lo manda la pátria, y su mandato
No sufre apelacion?

CURIACIO.

Tú lo dijiste.
En infrangible red tiene ceñidos
La atroz necesidad cuantos afectos
En mi pecho residen, y ni aun quiere
Que sus ecos escuche. ¡Ó Publio, ó padre!
Que este nombre dulcísimo prefiere
Mi boca á cualquier otro! en este dia
Que de amor pátrio la ciudad de Roma
Tantas muestras ofrece, y que los héroes
Procedidos de tí corren sin miedo
Á un sacrificio horrible, fuera oprobio
Para mí el escusarle. Ellos me enseñan
Á imitar impertérrito el denuedo
De que están animados. Que si tanto
Se aprecia en Roma de romano el nombre,
No es, padre, para mí menos ilustre
Menos sacro el de albano; y por mi causa
No ha de sufrirle en mí la pátria mia
Con la nota de infame. De este sitio
En que amor otro tiempo me ofrecía
Paz y delicias, para siempre ahora
El hado me separa. ¡Ó padre mio!
Si es que me quieres, quédate y al lado
De mi Camila, á Curiacio llora.

PUBLIO.

Hijo querido, es cierto: no nos abre
La suerte otro camino, que á la pena
Que nos impone someter rendidos
El corazon, y por ofrenda al cielo

Sacrificarle el llanto. Siempre inútil
Fué, ó mi Camila, el nudo que en la tierra
Tegen los hombres, si el motor celeste
No lo confirma. Él es el que se opone
Á que no circundeis el triste lecho
De un miserable padre, cuando cierre
Sus párpados la muerte. ¡Ó infelice!
Tú, Curiacio, al retornar al campo
Si pudieres olvida el lastimoso
Estado en que la dejas.

CURIACIO.

¡Padre mio!
Todo el amor que me tenias ponle
Ahora en mi Camila: tú conforta
Su ánimo atormentado, y tus consuelos
Á su inmenso dolor ofrece pío.
Ay! no, no la abandones, tú su llanto
Puedes templar en parte, y si me juzgas
Por digno de memoria, á Curiacio
Recuérdale algun dia.

PUBLIO.

¡Ó hija!

CAMILA.

¡Ó padre! (1)
Por qué me diste el ser?

PUBLIO.

Dejadme al menos
Que por última vez al pecho mio

(1) Como quien sale de una dolorosa abstraccion exclama con fuerza estas palabras.

Os estreche amoroso. El llanto corre
Por mi rostro. Oprimida de un tumulto
De afectos siento el alma, y mis ideas
Confusas y mal firmes en la mente
Combaten encontradas. Ay! Horacio!
Él es: no hay medio: voime. (1)

CURIACIO.

Á Dios por siempre, Señor.

PUBLIO.

Á Dios por siempre, Curiacio.

ESCENA VI.

HORACIO, CURIACIO Y CAMILA.

HORACIO.

No es este, Curiacio, no es el sitio
Este en que Roma, y tu ciudad remiten
Su derecho á las armas. Esperando
Nos están una y otra en la arenosa
Llanura que á las tiendas de tu campo
Es límite y del mio. Este no es tiempo
De acordarnos de mas, que de que somos
Contrarios uno á otro. Roma quiere
Que lidie contra tí, y á combatirte
Me apresto, y no me informo de si fuiste
Ó no mi amigo. Ahora eres albano:

(1) Notando la venida de Horacio.

Aléjate de mí, no te conozco.

CURIACIO.

Yo te conozco á tí, y eres romano.
Ese es el dolor mio. Esa que ostentas
Pátria ferocidad en mí produce
Horacio, mas asombro, que deseo
De imitarte, y aplaudo á mi fortuna
De que para bien mio, fuera de este
Recinto quiso colocar mi cuna;
Si para ser romano era preciso
Renunciar á ser hombre.

HORACIO.

Si no eres
Romano, con las obras acredita
Que merecias serlo; muestra en ellas
Que no eres inferior al nombre ilustre
Que miras con desden. No de insensible
Ni de feroz me acuses; que bien siento
El tumulto espantoso en que fluctua
El alma, al resonar en mis oidos
El eco de tu nombre: él solo puede
Alterar mi constancia, que al oirle
Se siente estremecer, pero no cede.
Esta es á todo superior, pues nada
Puede ofrecer el mundo, que á la suerte
Que nos oprime se compare. El brazo
Armar en pró de la ofendida pátria,
Correr al campo, y desdeñar la muerte
Al frente de un contrario que el acaso
Nos presenta en la lid, es la ordinaria

Virtud del vulgo. Mas con alma firme
Inmolar á esta pátria los afectos
De amor y de amistad, comprar su triunfo
Á costa de una sangre que la nuestra
Quisiera rescatar, virtud es propia
De tí y de mí no mas: ella á la fama
Consagra nuestro nombre, que por senda
Áspera á ilustre eternidad nos llama.

CURIACIO.

No frecuentada senda, bien lo noto,
Es la que tú me indicas y que nunca
Podrá de sombras la memoria nuestra
Cubrir el tiempo, nunca. Alba me quiso
Nombrar en su defensa, y ni un instante
Me opuse á su eleccion: lo que por Roma
Estás resuelto á hacer, estoy resuelto
Á hacer yo por mi pátria. Pero al punto
Que considero que tu honor consiste
Y que consiste el mio en arrancarnos
El uno al otro el corazon del seno,
Que es deuda en mí llamarme tu asesino
Cuando á tu hermana merecer creía
Con título de esposo, se difunde
El horror en mi pecho, y abomino
Una gloria tan bárbara, y la suerte
Envidio de los tristes que en el campo
Reposan en los brazos de la muerte.

HORACIO.

Todo, á serme posible lo daría
Por excusar la lid; mas que renuncie

Al alto honor de combatir por Roma,
Eso es lo que no puedo. Al cielo pido,
Que antes de entrar en la mortal contienda
Me trueque á mi enemigo. De mi sangre
Dispon, dispon de mí mientras ocupas
Este recinto; pero apenas entre
En la arena del campo, solo atiendo
Al triunfo de mi pátria. Voime.

CURIACIO.

Entrambos
Iremos juntos.

CAMILA.

Esperad, Horacio,
Curiacio, esperad. ¿Dónde furiosos
Correis hácia la muerte? ¿y por qué impide
Mi desdicha formar un voto al menos
Que á los dos no os agravie? Andad, lo quiere
Roma y Alba lo quiere, andad y corra
Á torrentes la sangre: mas oidme
Antes de que partais. De nota infame
Os vais á mancillar, y á ser de Italia
El horror y el escándalo, blandiendo
En contienda mortal uno con otro
Las parricidas armas. Solo os resta
En tan funesta oposicion un modo
Para que no afrenteis la impía gloria
Que tanto amais, y preferis á todo.
La infelice Camila, inútil peso
Desde ahora en la tierra, es la que os une
Con sacras ataduras, y de horrible

Su rompimiento acusa. Pues el nudo
Que os afrenta importuno, con mi muerte
Deslazad uno y otro: en contra mia
Estrenad el acero; en mi desnudo
Pecho saciad la sed en que á porfia
El alma se os abrasa, y de mis rotos
Miembros á coronar el ara horrenda
De la pátria corred, y mis entrañas
Presentad á su Númen por ofrenda.

CURIACIO.

Me aborreces Camila, si pretendes
Apurar mi constancia con asaltos
Tan dolorosos.

HORACIO.

Su presencia abate
Nuestras almas. Marchémonos.

CAMILA.

Teneos,
Por compasion, teneos. Un momento
Concededme no mas, y despues libres
Idos á dar la muerte. Yo hasta ahora
Crei que á resistir de mi tormento
El ímpetu cruel fuese bastante
La romana virtud. Ora conozco
Que su peso me oprime y que no puede
Con él mi flaco espíritu. Primero
Pues que empañado con el llanto mio,
El claro lustre de mi casa quede,
De este mísero estado libertadme,
Matándome aquí mismo. Sé que pronto

Al campo bajareis, donde el acero
Es árbitro del triunfo: que la pátria
Si á los dos pide sangre, á mí me pide
Constancia en el dolor. Mentir no quiero
Al mundo ni á mí misma: el pecho mio
No tiene esa constancia; y cuando toco
Mi último fin y por morir ansío,
¿Á qué ocultar que imploro temerosa
Un asilo al sepulcro, que defienda
Mi nombre del oprobio? Ah! sí, la muerte
Es mi único remedio: en mí las manos
Ensangrentad: matadme, sea este
El postrimero don que en mi infortunio
La amistad y el amor al mio preste.

CURIACIO.

¿Cómo resisto?

HORACIO.

Basta; no en querellas
Infructuosas consumir procures
Los escasos instantes que la pátria
Nos otorga. Retírate; cumplamos
Nuestro deber, y lo demas al cielo
Nuestra piedad le fie. Tú, Camila,
Piensa que eres mi hermana; tu consuelo
En este nombre busca; y ten presente
Mis últimas palabras. Si triunfante
Curiacio en la lid torna del campo
Manchado con mi sangre, no le mires
Como á mi matador; sino cual héroe
Que su pátria corona, y que merece

Mas que nunca tu amor, cuando su mano
Ennoblecida con mi fin te ofrece.
Pero si trunca de mi acero el filo
Su vida en el combate, no tampoco
De su muerte me acuses, ni te ofenda
Concurrir á mi aplauso... Aquí se llora!
Presto, huyamos de aquí, la trompa suena...
Ella es que suena... Curiacio al campo.
En él te espero. (1)

CURIACIO.

Voy tras tí. Camila,
Por siempre á Dios.

CAMILA.

Detente ¿á donde corres?

CURIACIO.

Á morir.

CAMILA.

Y me queda...

CURIACIO.

El llanto solo.

CAMILA.

¡Consolacion cruel! Tú que mi suerte
Presides, fiero Númen ¿por qué tarda
En poner fin á mi dolor la muerte?

(1) Suenan las trompetas que anuncian el combate.

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA.

No hay esperanza para mí. ¡Ó si fuera
Este mi último sol! Entre estos muros
Sola, oprimida, sin consuelo. ¡Ay triste,
Que principia la lid! la feral trompa
Con su clamor lo anuncia. ¡Lid impía,
Horrida lid! y vos, Númenes fieros
De la execrable Roma, que este odioso
Espectáculo dais á una infelice
Esposa y á una hermana, apacentaos
Con deleite en mis lágrimas. ¡Ó madre! (1)
¿Qué noticia me traes? ¿á quién me toca
Llorar? ¿á Curiacio, ó á?...

ESCENA II.

JUNIA Y CAMILA.

JUNIA.

Del cielo
La piedad aun no quiere que su sangre

(1) Viendo á Junia.

Bañe de Italia con asombro el suelo.
El horrible combate fué impedido
Por uno y otro pueblo.

CAMILA.

Ó Dios! que dices!
¿Puedo esperar que?... Ah! no, tú madre mia
Eludir mi dolor sin duda quieres
Con piadosa mentira. ¿Quién acaso
Sus duras almas ablandar podria?
¿Ó quien bastante á reprimir desnudo
Su frenético acero?

JUNIA.

Aun no es á todos
Indiferente el crímen. Colocados
Fueron los seis apenas frente á frente
Para la cruda lid, cuando un confuso
Sordo murmurio en uno y otro campo
De boca en boca resonar se siente.
El mirar á los seis que en sacro nudo
De amistad y de sangre unia el cielo,
Y que á morir en bárbara contienda
Condena uno por otro, asombro en todos,
En todos causa horror. Suena en tumulto
El circunfuso pueblo, á sus caudillos
De atrocidad acusa, y la osadía
Creciendo con el número, se opone
Al combate sacrílego, y sus armas
Entre los seis colérico interpone.

CAMILA.

¿Por qué, ó madre cruel, abres mi pecho

De nuevo á la esperanza? En fin decías
Que...

JUNIA.

No era poderoso un campo y otro
Á contener el impetu sañudo
De los seis combatientes. Á la gloria
Atentos y no mas, llaman afrenta
Una piedad que de su fama rompe
El curso ilustre, y piden el combate
Con acento iracundo, prefiriendo
Morir primero que la ley se altere.

CAMILA.

¡Almas de fiera!

JUNIA.

Las opuestas tropas
Con furioso ademan blanden las picas
Pidiendo la batalla, ó que se nombren
Otros que lidien por su causa. El freno
De la obediencia roto, á contenella
No bastan Mecio y Tulo. Este del campo
Se pone en medio; y «pues que nada, dice,
»Es poderoso á reprimir la audacia
»Con que al combate os oponeis, del cielo
»Al fatídico oráculo consulte
»El arúspice santo: ¿y quién entonces
»El impío será que á sus preceptos
»Oponerse presuma?» Dice, y calla
Respetuoso el pueblo: entre las manos
Les flaquean las armas á los mismos
Campeones frenéticos, y el nombre

De Religion refrena de sus iras
El temerario ardor. Tulo consulta
En este punto en sus cruentas aras
Del Tracio Dios la decision oculta.

CAMILA.

Es decision de sangre, no lo dudes,
Madre mia, de sangre: el Dios de Roma
No cede á la piedad. Si el mal suspende
Es porque se desplome mas horrendo
Sobre nosotras dos. Llora, sí, llora
Desde ahora á tus hijos: indecisas
Mis lágrimas están entre mi esposo
Y mis hermanos. Pero entero todo
Consagro mi dolor al que muriere,
Mi rencor al que triunfe. ¡Ó tú cualquiera
Que á mis ojos te ofrezcas mancillado
De agena sangre, y del acero impío
El filo muestres matador á Roma;
Prepárate á mi horror y al ódio mio.

ESCENA III.

DOMICIO Y LAS DICHAS.

DOMICIO.

Poca esperanza, ó míseras, os queda
De diferir del fúnebre certamen
El trance temeroso.

JUNIA.

¿Qué profieres?

¿Con que todo fué inútil?

DOMICIO.

Condolido
De miraros llorar, os es notorio
Con cual ardor del escuadron romano
El tumulto escité con que se opuso
Al propuesto combate, y la batalla
Iracundo pedia. Poco freno
La autoridad de Tulo parecia
Al militar furor, cuando propuso
Consultar al oráculo.

JUNIA.

¿Y el Númen
Qué respondió, Domicio?

DOMICIO.

Lo que siempre
Temí que respondiera. Al punto mismo
En la mitad del arenoso llano
Al Dios batallador de fresco cesped
Se le erige un altar. Rompe el acero
Sacerdotal del inmolado toro
Las calientes entrañas, y por ellas
Apareció que el cielo decidía
Que tres romanos solos por su pátria
En el campo lidiasen, y que fueran
Estos los tres Horacios... De la boca
Del auríspice etrusco estos acentos
Sonaron en mi oido.

CAMILA.

En fin no queda

Nada, nada en el mundo que la muerte
De Camila no anuncie. En daño mio
Conspira todo, el implacable cielo,
El Báratro infernal, la tierra, todo;
Y mas que todo la ambicion de Roma
De cetros y tesoros. ¡Ó romanos!
¡Á qué de culpas la codicia infame
Del mundo no os impele! ¿Cuándo fueron
Los sacros nudos que el cariño forma,
Que forma el parentesco respetados
En la ciudad de Rómulo? Este mismo
Fué el que empapadas de fraterna sangre
Quiso ceñir á la culpable frente
Las ínfulas de Rey; el que en sus bosques
El sabino maldice, que se acuerda
No sin dolor del rapto fementido
De sus incautas vírgenes, y al nombre
De su impune raptor gime ofendido.
Ellas por fin de sus airados padres
Fueron bastantes á calmar la saña
Con su llorosa intercesion, y el fruto
De su piedad fué amor. Yo mas que todas,
Mas mísera que todas, nada puedo
Con el llanto y la súplica: ni aun quieren
Que en otro sitio en libertad mi pena
Le comunique al cielo. ¿Por qué causa
El paso me impedís? Dejadme os pido
Que baje al campo donde el aire atruene
Con mi clamor, y el lacerado manto
Le muestre á Roma, y mi desnudo seno

Por blanco ofrezca á las impías armas
De mi hermano y mi esposo. Mas ¡ay triste!
Que en este sitio el bárbaro mandato
Me aprisiona de un padre, que á mi boca
Quiere que á pausas espaciosas llegue
De mi infortunio la tremenda copa.

DOMICIO.

¡Desdichada Camila! no es culpable
En tí ese frenesí; mas fué preciso
Que de aquí no salieras, porque infamia
No fuese á tus hermanos, si el combate
Tu llanto interrumpia. ¿Y qué pudieras
Esperar, presentando á sus espadas
Tu inerme pecho?

CAMILA.

Que de sangre mia
Se saciaran los seis, pues es de sangre
La sed que los consume. Pero puesto
Que me impiden la muerte, codiciosos
De prolongar mi pena, no presuma
Su fiero corazon gozar tranquilo
Del fruto de su crímen. De su lado
Inseparable furia, el terror mio,
El dolor espantoso que me oprime
Infundiré en sus almas: los instantes
Que me conceda el cielo, hasta que el curso
De mis dias se cumpla, en infamarlos
Con mi dolor emplearé; ¿mas cómo
Deliro aquí sin fruto, mientras ellos
En el campo.... ay de mí!

DOMICIO.

Corro impaciente
Del suceso á informarme. El cielo quiera
Confortaros á entrambas.

ESCENA IV.

PUBLIO, CAMILA Y JUNIA.

PUBLIO.

Sin que os culpe
De que lloreis, á recordaros torno
Que estais en Roma, y que si Roma pide
Sangre á los tres Horacios, es constancia
Lo que os pide á las dos.

JUNIA.

¿Pero el combate
No quedó suspendido?

PUBLIO.

El noble celo
Del honor y la pátria en que inflamados
Están los tres, no quiso en la afrentosa
Suspension consentir. Si por desdicha
Medrosos ellos la eleccion de Roma
No hubieran sostenido, de este oprobio
Mi paternal acero tomaría
Satisfaccion en todos: mas su fama
No sufre este baldon, y nada tiene
Que reprocharles ni temer la mia.

CAMILA.

Nada en efecto, padre: parecidos
Son á tí todos tres.

PUBLIO.

¿Ni cómo fueran
Dignos de mí, si recelar la muerte
Pudieran por la pátria?

CAMILA.

¿En fin, la sangre
De mi adorable esposo confundida
Correrá con la de ellos?

PUBLIO.

El mandato
Del oráculo es este.

CAMILA.

¡Ó Cruel padre!
Sí, no lo dudes: en el campo á un tiempo
Verás morir á tus feroces hijos
Y á mí de mi dolor: deja que corra
Á separarlos, déjame.

PUBLIO.

No puedes
Salir de este recinto.

CAMILA.

¿Con que nada,
Padre cruel, á la piedad concedes?
¿Por qué me deteneis? ¿Por qué á una esposa
Y á una hermana impedis que entre las armas
Pueda su pecho interponer llorosa
De su esposo y su hermano; y ofrecerle

Por escudo al que inerme y desangrado
De los dos caiga en tierra? ¡Ah, que ya miro
El funesto esplendor de sus aceros
Rutilar en el aire! ¡ó como suena
Áspero el son de sus airados filos,
Al cruzarse recíprocos!... la muerte,
La muerte está en sus puntas, que buscando
El corazon, dirigen hácia el seno
Por la infernal Erimnis afiladas
Su implacable furor. Ah! quien es este
Que al suelo cae y exánime suspira,
Y me llama, y... ¡ó Dios! este es mi esposo.
Bárbaros, detened... tomad mi sangre,
Ay! no, no le mateis: amor prefiere
Á su muerte la mia. ¡Ó Curiacio,
Por tí Camila, y á tu lado muere! (1)

ESCENA V.

PUBLIO.

¿Por qué no puedo consolar la pena
Que la triste padece, y porqué Roma
Vencer no pudo sin que á lid tan cruda
El cielo la llamase? ¡Ó cómo siempre
Con el placer el llanto se confunde
En la suerte del hombre! Mas, Domicio,
¿Esa inquietud qué anuncia?

(1) Váse impetuosamente: Junia la sigue.

ESCENA VI.

DOMICIO Y PUBLIO.

DOMICIO.

¡Ó de las armas
Fortuna siempre incierta! ¡ó insondable
Celeste oscuridad! Roma es esclava...
Roma es esclava, Publio: tus tres hijos
Perdieron la batalla; dos son muertos;
Horacio queda solo.

PUBLIO.

¿Roma esclava;
Y en su defensa aun no ha rendido Horacio
El último suspiro? No, Domicio,
No puedo persuadírmelo: no es cierto
Lo que me anuncia tu temor: si Roma
Dejó ya de ser libre, Horacio es muerto.

DOMICIO.

Tú con nosotros desde el alto muro
El ímpetu notaste con que al choque
Los tres acometieron. Pero solo
Ansiosos de matar, y poco atentos
Á su propia defensa, de la sangre
Llenos de sus contrarios, á la muerte
Se rindieron los dos. Horacio, mientras
Peleó al lado de ellos, de osadía
Dió mil heróicas muestras; pero muertos
Los dos, y no pudiendo á tres espadas

Él solo resistir, quiso fiarle
Su salud á la fuga.

PUBLIO.

¿Y dónde ó cómo
Pudo encontrar asilo entre las haces
De la afrentada Roma?

DOMICIO.

Al estruendoso
Clamor en que uno y otro prorrumpieron
De dolor el egército de Roma,
Y el pueblo albano de placer, los muros
Abandoné, y á tu morada el paso
Encaminé confuso.

PUBLIO.

¿Por qué, ¡ó cielos!
Se prolongó de mis ancianos dias
El curso miserable? ¿Por qué, ó muerte,
No libertar á un afligido padre
De tan torpe baldon? Ó tú, que afrenta
Del nombre de romano y de tu estirpe
Eres único oprobio, á tí te lloro,
Á tí solo te lloro; no á los héroes
De quien la ilustre muerte es de mi pena
Recompensa honorífica. Su tumba
De bácar coronada y blancos lirios
Será por Roma, y los romanos padres
Me envidiarán por ellos. ¿Tú la vida
Pudiste á costa de tu honor y el mio
Conservar, hijo infame? Ah! no lo creas:
Dilataste el morir; mas no la muerte

Que te prepara mi furor. Soy padre
Padre ofendido, y de la ley terrible
De que arma Roma mi iracunda mano
Usaré contra tí: conozca el mundo
Si no lo fuiste tú, que soy romano.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

DOMICIO Y PUBLIO.

PUBLIO.

¿Con que es cierto, Domicio? ¿Con que Roma
Triunfa del pueblo albano? ¡Horacio mio,
Qué mal juzgué de tí!

DOMICIO.

Mi error fue causa
Del que tú cometiste; y fue mi celo
Por el honor de Roma quien me indujo
Á creer este error. Horacio huía,
Es verdad; mas del triunfo de su pátria
Fue aqueste ardid el medio. Solo entonces
Contra tres en el campo, mal podia
Esperar resistirles; aunque ileso
Y heridos sus contrarios. Poderoso
Por sí para los tres, uno por uno,
Pero inferior á todos, separarlos
Se propuso, y de huir por la llanura
Y de temor dió muestras. Los tres todos
Corren tras él con afanoso paso,
Y en desigual distancia. La carrera

Suspende Horacio, y al cansado esposo
Espera de Camila: este recoge
El poco aliento que le queda, y blande
Con mano flaca y trémula el acero
Contra su contendor. Éste replica,
Replica Horacio, y con horrible punta
Le abre puerta á la muerte. El pueblo albano
Se estremece asombrado, y que apresure
En su socorro el pie clama estruendoso
Al otro hermano; que á morir condena
La suerte al lado del difunto cuerpo
De su hermano infelice. Doble entonces
Era el triunfo de Horacio. Roma aplaude,
Alba es quien gime. El héroe que la palma
De la lid mira en su robusta mano
Asegurada ya, mofando fiero
De sus contrarios: «Á las sombras, dice,
»De mis hermanos inmolar mi acero
»Quiso á dos enemigos: muera el otro
»Por la causa de Roma.» Dice, y rompe
Con mano irresistible el pecho inerme
Del último de todos, que confirma
El triunfo de la pátria, y con su muerte
Las sacras bases de su imperio afirma.

PUBLIO.

¡Ó afortunado dia! ¡Ó cara pátria!
Y tú, honor de mi sangre, Horacio ilustre,
¿Cuándo podré con amorosos brazos
Ceñir tu cuello y la paterna boca
En tu rostro imprimir, porque perdones

La inmerecida ofensa que á tu heróico
Corazon hizo el mio? Ah! que el contento
Me enloquece, Domicio. Soy romano:
Roma, domina en Alba, y de su gloria
Es un Horacio autor. ¡Ó, trae el dia,
Traele presto, ilustrador del cielo,
Puro y cándido sol, en que su nombre
Con curso rapidísimo recorra,
Llevado en alas el fulmineo trueno,
La inmensidad del orbe, que medroso
Su ley acate, que obediente aspire
Á merecer su amor, y que postrados
Al pie de Roma á sus monarcas mire!
Promesa es del oráculo, y no puede
Mentir una deidad. El placer mio
No cabe aquí. De Tulo y del senado
Y el pueblo corro en busca; que en tan alta
Ocasion, ó Domicio, el mundo todo
Es poco espectador, si Publio falta.

ESCENA II.

DOMICIO.

Quien no es romano, conocer no puede
El alegre delirio en que rebosa
El corazon de Publio.

ESCENA III.

JUNIA Y DOMICIO.

JUNIA.

¡Qué funesto
Dia es este, Domicio! En todos brilla
Con muestras de placer ufano el rostro
Menos en mí, que el título de madre
Condena á padecer. De dos Horacios
Cuesta la triste muerte al amor mio
El triunfo de la pátria, y quiera el cielo
Que de Camila el inmortal quebranto
Con que oprimida gime, no acreciente
Causas á mi dolor, copia á mi llanto.
¡Ó con qué horror la fúnebre noticia
Resonó en sus oidos! Arrastrada
De su pasion frenética recelo
Que procure morir. Ella furiosa
La paternal mansion abandonando
Ha huido de mis ojos. Ay! La quise
Seguir; pero sin fruto.... Acaso corre
De Horacio en busca; y si le encuentra... ¡Ó cielos!
No dejeis que le encuentre: índole fiera
Es la de Horacio é iracunda.... ¿Y Publio?
¿Su padre dónde está? ¿Cómo en tal trance
No cuida de Camila, atento solo
Á los triunfos de Roma? El ansia mia
Corre tras ella. Y tú, que de mis penas

Eres acaso el único, ó Domicio,
Que siente compasion; si por desdicha
Llegase aquí Camila, que se aparte
Procura de este sitio.

DOMICIO.

En él espero
En breve á Horacio, que á ofrecer á Tulo
De la lid los trofeos conquistados
Vendrá sin duda, y que impaciente Roma
Quiere premiar con cánticos de aplauso
Y ceñir de laurel. Á este dichoso
Espectáculo, Junia, mal asiste
Una llorosa Madre.

JUNIA.

¿Y quién, Domicio,
Quién es la madre que á llorar resiste
Si á un infortunio cierto se le une
El que está recelando? Ay! solo puedo
Pedir al Númen que al dolor que sufro
No se le añada el que me anuncia el miedo.

ESCENA IV.

DOMICIO.

Bien merece mi lástima el tormento
Que causa en ambos el amor de esposa
Y la inquietud de madre. Pero escucho
De una piadosa y fúnebre querella
Sonar el eco triste. ¡Ó Dios! Si fuese
Camila que.... infeliz! no hay duda, es ella.

ESCENA V.

CAMILA Y DOMICIO.

CAMILA.

¿Dónde está el héroe de la pátria? ¿el héroe
De que está ufana Roma? ¿el que orgulloso
Triunfa de mi dolor? Venga, que quiero
Yo tambien aplaudirle. ¡Alma de tigre,
Bárbaro matador de cuanto al mundo
Fue amable y caro para mí: retornas
Del campo del combate, sus arenas
De sangre de mi esposo están bañadas
Por tu execrable mano; por tí, ó monstruo
Curiacio no existe, y es Camila
Quien sin morir el horrido presencia
Espectáculo impío que á sus ojos
Tu atrocidad ofrece! Ah! que la antorcha
Infernal de Tisífone ilumine
En este dia el cielo: ella fué, ella
La que con triste cántico asistia
Al desposorio mio; asista ahora
De Roma al triunfo y á la muerte mia.

DOMICIO.

¿Cómo un amor desesperado ofusca
Tu mente de ese modo? ¿qué palabras
Pronuncia tu furor? Por Dios, reprime
Tu dolor en el pecho, y por tu madre,
Por su amor, por tí misma, calla, y torna
Á tu asilo doméstico: este sitio

Ni el momento en que estamos es conforme
Á tu infelice estado.

CAMILA.

Aquí le quiero
Esperar, y pedirle de la sangre
De Curiacio cuenta, y que la mia
Se beba gota á gota.

DOMICIO.

No tu oprobio
Quieras que mire y tu deshonra el pueblo
Por el atrio esparcido; y teme; ¡ah! teme
La cólera de Horacio.

CAMILA.

¿Y qué me importa
Su cólera? esa busco, á nada aspiro
Sino á morir (1).

DOMICIO.

¿Escuchas? este aplauso
Anuncia que se acerca. Vete.

ESCENA VI.

HORACIO, CAMILA Y DOMICIO (2).

HORACIO.

Hermana,
No es este el dia de llorar. El brazo

(1) Á este tiempo suena el estrépito de instrumentos militares y de aclamacion popular.

(2) Viene Horacio acompañado de soldados y pueblo: los soldados traen los despojos de los tres Curiacios.

Que el no domado cuello á Roma postra
Del pueblo albano, vengador ilustre
Es de tus dos hermanos: que si pudo
Privarte de un esposo, en recompensa
Te ofrece honor, y de la pátria el triunfo.

CAMILA.

Para apreciar tu recompensa, dame,
Dame, ¡ó bárbaro! un alma que á tu alma
Se pueda parecer. Llanto iracundo,
Lamentos de furor serán por siempre
Los que Camila ofrecerá al horrendo
Matador de su amante. Estoy vengada,
Vengada estoy, lo sé, de los Horacios
Difuntos en la lid; mas de tí, monstruo,
Que mataste á mi esposo, ¿quién me venga?
¿Quién me venga de tí?

HORACIO.

¿Qué escucho? aparta,
Déjame libre el paso: de este sitio
Retírate, insensata.

CAMILA.

Si no es muerta
No me sacan de aquí. Mi atroz tormento
Quiero aquí desfogar, y tu victoria
Funestar con mi llanto. Arma la diestra
En mi castigo, mátame, y el crímen
Del fratricidio de inmortal infamia
Cubra tu nombre. Esposo, esposo mio,
Curiacio, tú muerto ¡ay triste!

HORACIO.

¿Y tanto
Puede en tí una pasion que la antepongas
Al bien de Roma, dí?

CAMILA.

¿De quién? ¡de Roma,
Que me cuesta un esposo, y que te aplaude
Porque su corazon con mano horrible
Rompiste y sus entrañas! ¿y pretendes
Que la profese amor? ódio y eterna
Maldicion de mi boca: eso tan solo
Puede esperar de mí. De sombra infame
Su nombre empañe en el futuro mundo
Su propia iniquidad; unidos todos
Conspiren en su daño de la tierra
Los oprimidos pueblos; las raices
De su trono tiránico estirpadas
Sean por ellos; de su propia mano
Se rasgue el seno; sus ruinas mire
El peregrino con placer; el cielo
Fulmine el lauro que á la sien cruenta
Roma te ciñe, y sus colinas siete
Disipe en polvo, y....

HORACIO.

Basta, que las furias
Se apoderan de mí. Baja al infierno
Á llorar á tu esposo. (1)

(1) Saca la espada y acomete á Camila.

DOMICIO.

¡Tente, Horacio,
Qué intentas! (1)

CAMILA.

Déjale; la muerte busco
Y la merezco. ¡Ó mísera, qué dige!
¡Qué votos pronuncié! ¡romana infame!....
En tí no puedo; pero puedo al menos
Vengarme en mí y morir. (2)

HORACIO.

¡Qué miro!

CAMILA.

A todos
Los contrarios de Roma.... traspasados
El pecho por tu espada. ¿Por qué antes
No me mataste? Entonces, que moria
Inocente.... no ahora, que culpada
Y de mi mano muero.

DOMICIO.

¡Ó espantoso,
Ó funesto espectáculo!

ESCENA VII.

PUBLIO Y LOS DICHOS.

PUBLIO.

¡Camila!....
¿Qué es esto?

(1) Deteniéndole y quitándole la espada de la mano.
(2) Quita á Domicio la espada y se echa sobre ella.

HORACIO.

Esa muger que al brazo mio
Quiso librar con espantosa muerte
Del horror del castigo.

PUBLIO.

Bien temia
Este suceso, que escusar no pude
Con paternal cuidado. ¡Ó triste padre!
¡Ó desdichada hija! (1)

HORACIO.

No merece
Ese nombre de tí; ni otro destino
El que de Roma el esplendor desdora
Con bajo corazon, y por la muerte
De los contrarios de su pátria llora (2).

ESCENA ÚLTIMA.

PUBLIO, CAMILA Y DOMICIO.

CAMILA.

¿Eres tú, padre mio? ah! no me mires
Con ceño, no.... si á Roma el amor mio
Pudo ofender, la pena que me impuse
La deja satisfecha.... fuí culpable;
Pero muero.... Perdóname.... en el reyno
De las sombras estoy.... aquí no es crímen
Amarte, esposo mio.... pero, ay!.... mira....

(1) Acercándose á ella.
(2) Vase con parte de su sequito.

Horacio es que te sigue.... ¡qué de sangre
Corre!.... y el fiero con la espada.... ¡ó furias!
Acudid en su amparo.... interponeos
Para que no le mate.... ay triste. (Muere.)

PUBLIO.

Es muerta.
Ocultad, ciudadanos, este horrendo
Espectáculo á Roma. ¿Por qué, ó Númen,
Ordenas que el placer con el quebranto
Se confunda en tal dia, y que de un padre
Alterne con los cánticos el llanto?

BIBLIOTHÈQUE TOULOUSE UNIVERSITAIRE